

El Protectorado Español en Marruecos: algunos rasgos distintivos y su proyección en el presente*

MARÍA ROSA DE MADARIAGA**
Historiadora (Madrid)

Resumen

Las relaciones entre Francia y España durante el periodo en el que compartieron el Protectorado en Marruecos fueron en general, salvo en contados momentos, bastante conflictivas, particularmente durante la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, así como en los años que precedieron a la independencia de Marruecos en 1956. Este artículo examina las circunstancias históricas que originaron y propiciaron esta situación. Hoy, transcurridos más de cincuenta años desde la independencia del país «protegido», podemos constatar que, aunque más o menos diluida en el contexto de la Unión Europea, la rivalidad tradicional entre las dos antiguas potencias «protectoras» sigue existiendo y se manifiesta, según los casos, con mayor o menor pujanza.

Palabras clave: Protectorado, I Guerra Mundial, Guerra Civil española, II Guerra Mundial, Mohamed V, García Valiño, independencia

Abstract

Throughout the period during which they shared control of the Protectorate of Morocco, relations between France and Spain were, with rare exceptions, strained. This was especially the case during the two World Wars, the Spanish Civil War and the years preceding the independence of Morocco in 1956. This article examines

* Fecha de recepción: 10 de enero 2007.

** E-mail: mariarosamada@mx3.redestb.es

the historical background to this state of affairs. Today, more than 50 years after the «protected» country was granted its independence, it is clear that the traditional rivalry between the original «protecting» powers, even if tempered to some extent within the context of the European Union, is still alive and, according to the circumstances, springs to the surface with more or less vigour.

Key words: Protectorate, First World War, Spanish Civil War, Second World War, Mohamed V, García Valiño, independence.

Introducción

Las condiciones en las que se estableció el Protectorado de España en Marruecos en 1912 y el carácter que tuvo desde el inicio marcaron su devenir y siguen pesando hoy sobre las relaciones entre las dos antiguas potencias «protectoras» y el país «protegido».

Al Tratado de Protectorado firmado por Francia con el Sultán el 30 de marzo de 1912 seguiría el firmado por Francia y España el 27 de noviembre del mismo año, por el que fijaban la situación de ambas potencias en Marruecos y la zona de Protectorado que Francia, por presiones de Inglaterra, había aceptado adjudicar a España. Es importante subrayar que en todo este asunto España fue siempre a remolque de lo decidido por Francia e Inglaterra. En virtud de la Declaración Franco-Británica del 8 de abril de 1904, Francia dejaba las manos libres a Inglaterra en Egipto a cambio de que ésta se las dejase a ella libres en Marruecos. No deseando, sin embargo, Inglaterra la presencia frente a Gibraltar de una potencia como Francia, presionó a ésta para que se le adjudicase a España en la franja septentrional una zona de influencia. Si no quería quedar fuera del juego, a España no le quedaba otro remedio que adherirse a la referida Declaración franco-británica, como así lo hizo en la Declaración Hispano-Francesa acerca de Marruecos del 3 de octubre de 1904, seguida del convenio Hispano-Francés de la misma fecha. España no firmó nunca directamente con el sultán de Marruecos ningún Tratado de Protectorado ni intervino para nada en la firma del mismo entre la principal potencia protectora, Francia, y el país protegido, Marruecos, por lo que su situación quedaba relegada a la de simple «subcontratista» o «subarrendataria» de Francia, cosa que ésta no dejaría de recordárselo a España siempre que viniera al caso.

Francia y España en Marruecos: una relación conflictiva

En 1830 Francia conquistaba Argelia, pasando así a convertirse en vecina de Marruecos. Aunque la línea divisoria entre la nueva colonia francesa y el Imperio Jerifiano se situaba en el río Muluya. La frontera entre ambos territorios estaba, en opinión de los franceses, mal definida, lo que serviría a éstos de pretexto para emprender una política de expansión en la región oriental de Marruecos, conocida como los «confines argelino-marroquíes». Sabido es que la Batalla de Isly (1844), en la que las tropas francesas inflingieron una aplastante derrota a las del sultán Muley Abderrahman (1822-1873) fue a consecuencia de

la ayuda prestada por éste al movimiento de resistencia argelino del emir Abd-el-Kader. Si el tratado de La-la Maghnia del 18 de marzo de 1845 fijaba la frontera argelino-marroquí, los límites de determinados territorios limítrofes, en las márgenes saharianas del sur, frecuentados por tribus nómadas, seguían siendo lo bastante imprecisos como para permitir la expansión militar francesa en Marruecos a partir de Argelia. Un paso más en las ambiciones expansionistas de Francia en la región fue la implantación del Protectorado en Túnez en 1880. El cerco en torno a Marruecos se iba estrechando cada vez más.

Una vez eliminadas las reticencias, cuando no la oposición, de otras potencias rivales, mediante acuerdos de reparto del «pastel colonial», Francia aprovechaba cualquier circunstancia para ganar terreno y afianzar posiciones en el Imperio jerifiano. El asesinato del Dr. Marchamps en Marrakech el 19 de marzo de 1907 le sirvió de pretexto para la ocupación de Uxda el 27 de marzo, y la masacre del 30 de julio del mismo año, de nueve obreros europeos en Casablanca, de pretexto para bombardear la ciudad el 5 de agosto, causando más de mil víctimas entre la población civil, y desembarcar posteriormente las tropas que la ocuparon. A esta ocupación seguirían otras. Los años siguientes: la de la Chauia en torno a Casablanca en 1910, y, en 1911; la de Fez el 21 de marzo, la de Mequíniz el 8 de junio, y la de Rabat el 9 de julio. La de Fez dio lugar, como es sabido, a la airada reacción de Alemania, que la manifestó ostensiblemente con la espectacular demostración de fuerza del acorazado *Panther* frente a Agadir, originando una crisis prebélica a la que pondría fin el acuerdo franco-alemán de 1911, por el que Alemania dejaba de poner obstáculos a Francia en Marruecos, a cambio de la concesión por ésta de 250.000 km² en El Congo.

Entre tanto, España también se afanaba, por su parte, en ir ganando posiciones. A la ocupación de la Restinga, el 19 de febrero de 1908, y de Cabo de Agua, el 12 de marzo del mismo año, seguirían otras con ocasión de la campaña militar de 1909: el 26 de septiembre, la de Nador, el 27 la de Zeluán, y el 29 la del monte Gurugú. En la región occidental, España ocupaba Larache y Alcazarquivir el 8 y el 9 de junio de 1911, respectivamente, y el 17 de agosto las tropas españolas entraban en Arcila. La competencia entre Francia y España para imponer su presencia en la zona que les correspondía en virtud de la Declaración Hispano-Francesa de 1904 llevaría a situaciones tensas como la que se produjo con motivo de la toma de Alcazarquivir, en la que los españoles se adelantaron por poco a los franceses, cuyas tropas bajo el mando del capitán Moreaux se disponían a hacer lo propio, al no estar del todo claro a cuál de las dos zonas correspondía dicha ciudad.

El acuerdo franco-alemán de 1911 no había dado plena satisfacción a Alemania, cuya rivalidad con Francia llevaría a la guerra de 1914. Siendo Marruecos Protectorado francés, el Sultán, inducido por el Residente General, mariscal Lyautey, declaró la guerra a Alemania, mientras que el gobierno español, al no ser España país beligerante, aplicó a su zona de Protectorado el estatus de neutralidad. Esta situación dio lugar a toda una serie de piques y roces entre las autoridades francesas y españolas, por considerar las primeras que, al ser el Sultán soberano de todo Marruecos y haber declarado la guerra a Alemania, el estatus de beligerante debía aplicarse no sólo a la zona francesa sino también

a la española. Esta interpretación no era, por supuesto, compartida por el gobierno español, que expresó, no obstante, en más de una ocasión al francés su voluntad de observar en su zona de Protectorado la más estricta neutralidad, no permitiendo que los agentes alemanes desarrollasen en ella actividades encaminadas a fomentar disturbios en la zona francesa. Y, sin embargo, pese a las buenas palabras de los gobiernos españoles, tanto conservadores como liberales, de aquel periodo, de observar la más estricta neutralidad, los agentes alemanes o progermanos campaban por sus respetos en la zona española, en la que, por otra parte, la mayoría de los militares españoles eran germanófilos. En Tetuán eran numerosos los agentes de Alemania, empezando por el propio cónsul de este país, y Melilla era un nido de espías. En la región occidental del Protectorado español, algunos jefes importantes e influyentes como El Raisuni eran sensibles a la propaganda alemana que presentaba al káiser como al libertador de los musulmanes del yugo francés. El Raisuni abrigaba la esperanza de que, una vez arrojados de Marruecos los franceses, no tardarían en seguirles los españoles, aunque subsistían dudas sobre lo que podría suceder más adelante en cuanto a las intenciones futuras de Alemania, la cual podría tratar de ocupar el lugar dejado por Francia y España en la región. Todo ello daba que pensar al astuto y veleidoso «señor de Yebala», que tenía ya, por su parte, bastantes problemas con las cabilas sometidas a su férula por la desconfianza que en ellas suscitaban sus continuos tratos y componendas con los españoles. Por ello, El Raisuni se limitó a fomentar cierta agitación entre las cabilas de Yebala de la zona francesa limítrofes de la española. Pero en quien los alemanes tenían puestas todas sus esperanzas era en Abd-el-Malek Mohy Ed-din, nieto del emir Abd-el-Kader, que, de funcionario del Majzén en Tánger, de donde huyó, se dirigió, tras dejar a su familia a buen recaudo en Tetuán, a la zona francesa limítrofe de la española, para organizar una harka de *muyâhidîn* y soliviantar en nombre del Islam a las tribus sometidas¹. Abd-el-Malek recibía dinero de agentes alemanes instalados en Melilla, pero la complicidad de las autoridades españolas del Protectorado que hacían la vista gorda facilitaba sus actividades, particularmente para la adquisición de armas y municiones de contrabando. La actividad de los agentes alemanes tenía por objeto suscitar la insurrección de las tribus sometidas de la zona francesa, así como la deserción de legionarios alemanes enrolados en la Legión extranjera francesa, de manera que Francia se viera obligada a desviar tropas de los frentes europeos para enviarlos a Marruecos y debilitar así su capacidad bélica frente a Alemania. Aunque los alemanes consiguieron crear focos de agitación en diversos puntos del territorio, no llegaron ni mucho menos a cumplir sus propósitos, ya que, para los marroquíes, su jefe espiritual legítimo seguía siendo, pese a todo, el sultán Muley Yúsef, y no el sultán otomano, el cual no dejaba de ser, por otro lado, el aliado de una nación cristiana, como cristiano era también el soberano de esta nación por muy «Hach Guilom» que lo llamaran.

1 Sobre la actividad de agentes germánicos o pro-germánicos, y más concretamente la de Abd-el-Malek, durante los años de la I Guerra Mundial, véase el *Bulletin du Comité de l'Afrique Française* de 1914 a 1918, en el que figuran numerosos artículos sobre el tema.

Si los reproches de Francia a España eran fundados en lo que respecta a la su tan decantada y no observada neutralidad entre los beligerantes, no menos lo eran los de las autoridades españolas del Protectorado a las de la zona francesa en lo que respecta al contrabando de armas a partir de esta última, sin que los encargados de controlarlo y reprimirlo cumplieran debidamente con su cometido, ya fuera por negligencia o por mala voluntad y deseos de crear dificultades a España. Todo ello creaba naturalmente tensiones y suscitaba entre el personal militar y civil de la zona española un mal disimulado resentimiento hacia los franceses, debido en parte a cierta frustración ante su incapacidad para emular los tan admirados métodos aplicados por estos últimos en su zona, mientras que tanto el personal militar como el civil de la zona francesa miraba a sus vecinos de la zona Norte con ciertos aires de superioridad por su incapacidad manifiesta para cumplir con las obligaciones dimanantes del tratado franco-español de 1912. En resumidas cuentas, pese a las buenas palabras de amistad y cooperación cruzadas entre los gobiernos de ambos países «protectores», las relaciones sobre el terreno estaban lejos de ser cordiales. Las autoridades de uno y otro Protectorado tuvieron siempre la sospecha, quizá justificada las más de las veces, de que cada una de ellas se alegraba de los contratiempos, dificultades o aún reveses del otro. Cuando el desastre de Annual en 1921, los españoles abrigaron más que sospechas, casi el convencimiento, de que los franceses, pese a las demostraciones exteriores de simpatía y conmiseración hacia España, habían experimentado una secreta satisfacción por aquel terrible descalabro, esperando que ante su incapacidad para controlar el territorio e implantar el Protectorado, los españoles terminarían por abandonar la zona Norte, que pasaría a depender de Francia. Esto era lo que esperaba el llamado por los españoles «partido colonista francés», representado sobre todo por el lobby de los colonos franceses de Argelia, defendidos por un grupo de diputados y senadores, a la cabeza de los cuales figuraba Eugène Etienne hasta su muerte en 1921. Este poderoso grupo de presión difícilmente soportaba la presencia española en la zona Norte y defendía obstinadamente la idea de que todo Marruecos debía pertenecer a Francia, como prolongación de Argelia al oeste y parte del Imperio francés en África del Norte. Entre el personal de la administración colonial francesa en Marruecos estaba también muy extendida esta idea, aunque hubiese que guardar las formas con los vecinos del Norte. Así la colaboración entre las dos administraciones coloniales no era fácil y los incidentes de una u otra naturaleza eran frecuentes.

Puede decirse que uno de los pocos momentos en que hubo entre las dos zonas del Protectorado un buen entendimiento y una estrecha colaboración fue tras el acuerdo franco-español de julio de 1925 para una intervención militar conjunta destinada a acabar con el movimiento de resistencia rifeño encabezado por Abd-el-Krim El Jattabi. Esta colaboración, que culminaría con el desembarco de Alhucemas en septiembre de 1925, fue entonces posible gracias a la buena química establecida entre los militares africanistas españoles y Pétain, quien consiguió convencer al gobierno francés de la conveniencia de una acción conjunta franco-española, aunque para ello hubiese que apartar de Marruecos

al mariscal Lyautey, hostil a colaborar con España². Este buen entendimiento entre los dos países no duraría, sin embargo, por mucho tiempo. La ocupación por las tropas francesas de determinados puntos en la zona española en el curso de las operaciones conjuntas suscitó en los españoles recelos respecto de las intenciones futuras de sus aliados. Y, posteriormente, la fijación de límites entre las dos zonas daría lugar a nuevos roces y desavenencias entre ellos.

El advenimiento de la República en España en abril de 1931 no contribuiría a mejorar demasiado las relaciones entre los dos países. Los franceses observaban con preocupación las posibles repercusiones que el cambio de régimen en España podría tener en Marruecos. Aunque los primeros temores de un abandono por parte de España, con todas las incertidumbres que ello entrañaba sobre el futuro, no tardaron en disiparse, conscientes las nuevas autoridades de los trastornos que un abandono podría acarrear en el plano internacional, practicaron, no obstante, en el Protectorado español una política de tolerancia hacia el incipiente nacionalismo marroquí, que desagradó profundamente a Francia. Fueron años en los que la prensa árabe de Oriente Medio, prohibida en la zona francesa, circulaba libremente en la española, donde los nacionalistas marroquíes disfrutaban de una libertad de palabra y de acción desconocida en la otra. No obstante, conviene señalar que las actividades de los nacionalistas marroquíes eran toleradas o permitidas siempre que el blanco de sus críticas y ataques fuera el colonialismo francés y no el español³.

El golpe militar de julio de 1936 originó nuevas tensiones. El reclutamiento de soldados marroquíes por parte de las autoridades franquistas daría lugar a la declaración del Sultán Mohamed V dirigida el 6 de septiembre de 1936 al nuevo Residente General, Noguès, en la que expresaba su pesar por las luchas que desgarraban «a un país amigo», y su preocupación por que algunos de sus súbditos pudiesen ser llamados a participar en una guerra contra un gobierno con el que mantenía una relación. Aunque no había en sus palabras una condena explícita del reclutamiento de soldados marroquíes para el ejército franquista, elogiaba las medidas tomadas por el gobierno francés para evitar que marroquíes de la zona francesa participasen en la guerra de España. El general Noguès, por su parte, dictó una serie de directivas destinadas a evitar el reclutamiento de marroquíes de la zona francesa, sin conseguir que tuvieran efecto, pues, ya fuera por negligencia o por complicidad con las autoridades franquistas de Tetuán, muchos funcionarios civiles y militares del Protectorado francés hacían la vista gorda ante esos reclutamientos⁴. De otro lado, rivalizando con la política «liberal» de la República española para con los nacionalistas marroquíes, las autoridades franquistas extremaron los gestos de apertura, tolerancia y benevolencia hacia éstos, llegando incluso a insinuar la posibilidad de conceder a la zona

2 Sobre la colaboración franco-española para el desembarco de Alhucemas y el buen entendimiento entre Francia y España en esta ocasión, véase MADARIAGA, María Rosa: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Alianza Editorial, Madrid, 2ª ed., 2006, p. 344-346.

3 RÉZETTE, Robert: *Les partis politiques marocains*, Librairie Armand Colin, Paris, 1955, pp. 83-87.

4 MADARIAGA, María Rosa: *Los moros que trajo Franco... La intervención de tropas coloniales en la guerra civil*, Barcelona, Martínez Roca, 2002, p. 240-242.

Norte la autonomía. La actitud complaciente y permisiva de las autoridades franquistas hacia los nacionalistas marroquíes indignaba a las autoridades francesas y dificultaba las buenas relaciones entre unas y otras.

El estallido de la II Guerra Mundial en septiembre de 1939 contribuiría a ahondar aún más las diferencias entre las autoridades de ambas zonas. Aprovechando que Francia estaba metida de lleno en la guerra y ocupada en los frentes europeos, las autoridades franquistas decidían ocupar Tánger el 14 de junio de 1940. «Y, al fin, el sueño de muchos siglos se ha realizado», decía Enrique Arques, comentando la entrada en Tánger de las tropas españolas al mando del coronel Yuste⁵. En efecto, era el viejo sueño de un grupito, minoritario pero vociferante, representado fundamentalmente por la llamada Liga Africanista, que, desde el tratado de 1912, venía insistentemente reclamando, en el Congreso, en el Senado y en la prensa, «Tánger para España». Después de llevar años y años reivindicando la «españolidad» de Tánger que, por estar enclavado en la zona del Protectorado español, debía pasar a formar parte de éste, España se tomaba al fin su revancha contra Francia. Persuadido Franco de la derrota de Francia e Inglaterra y del triunfo de las armas alemanas en la contienda mundial, esperaba que, como contrapartida de su participación en la guerra junto a Alemania, obtendría de Hitler el Marruecos francés y el Oranesado, sin olvidar, por supuesto, Gibraltar. una España famélica y en ruinas de poca ayuda podía serle a Hitler. Después de la ocupación de Francia por el ejército alemán, el Führer pensó que la colaboración del mariscal Pétain le sería mucho más provechosa que la de Franco para proteger África del Norte de una posible invasión británica, cuanto más que el general Noguès, Residente General del Marruecos francés, se había alineado junto al gobierno colaboracionista de Vichy. Pétain se comprometía, por su parte, con Franco, a no permitir que el ejército alemán invadiera España ni que Alemania se instalara en el Norte de África, pero la invasión por los alemanes de la zona libre francesa en noviembre de 1942 hizo comprender a Franco que Pétain no era más que una marioneta en manos de Hitler y no estaba, por lo tanto, en condiciones de garantizar nada a nadie. En cualquier caso, el peligro de una invasión alemana de Marruecos, pasando por España, se alejó cuando Hitler decidió concentrar sus esfuerzos en el frente Este de Europa. Entretanto Franco, cuya única preocupación era mantenerse como fuera en el poder, aunque se sentía obligado hacia Hitler, a quien debía en gran parte su victoria en la guerra civil, supo jugar hábilmente la carta de la neutralidad, sin olvidar, llegado el caso, de prestar alguno que otro servicio a los aliados, particularmente a partir del momento en el que el triunfo de Alemania en la guerra parecía cada vez más problemático⁶.

Terminada la II Guerra Mundial y vueltas las aguas a su cauce, las tropas españolas evacuaban Tánger en 1945, mientras que en el Marruecos francés, que había pasado a la Francia libre liderada por De Gaulle desde el desembarco aliado en África del Norte

5 ARQUES, Enrique: *El momento de España en Marruecos*, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 2ª ed., 1943, p. 125.

6 WOLF, Jean: *Les secrets du Maroc espagnol*, Paris-Casablanca, Balland-Eddif, 1994, pp. 218-222.

en noviembre de 1942, se seguía practicando la misma política represiva que en el periodo vichista. Sólo las cosas cambiaron con el nombramiento como Residente General en marzo de 1946 de Erik Labonne, caracterizado por su espíritu abierto y liberal, bajo cuyo mandato pudieron regresar del exilio importantes líderes nacionalistas como Al-lal El Fassi, desterrado en Gabón desde 1935⁷.

La entrevista de Anfa en junio de 1943 entre Mohamed V y el presidente Roosevelt había hecho concebir a los nacionalistas marroquíes esperanzas de que se avecinaban cambios importantes. Representados fundamentalmente por el *Hizb al- Istiqlal* (Partido de la Independencia), fundado en diciembre de 1943, los nacionalistas marroquíes de la zona francesa aprovecharon el nuevo clima de apertura instaurado por Labonne para consolidar sus posiciones y exigir reformas conducentes a la independencia de Marruecos. Las relaciones entre el partido del Istiqlal y el Sultán se hicieron cada vez más estrechas, convirtiéndose este último en el símbolo de la lucha por la independencia. Durante el mandato de Labonne el Sultán efectuó en abril de 1947 un viaje triunfal a Tánger, para el cual tuvo que atravesar toda la zona del Protectorado español, deseando con este gesto reafirmar la integridad de su imperio y expresar su rechazo a la existencia de la zona española y del estatuto internacional de Tánger⁸.

El viaje de Mohamed V a Tánger era visto con agrado por las autoridades francesas, para quienes constituía una buena ocasión de que aquél reafirmase su soberanía sobre todo el territorio marroquí frente a las pretensiones españolas de considerar al Jalifa de Tetuán más como un soberano independiente que como el delegado del Sultán. El discurso de Mohamed V en Tánger el 10 de abril de 1947 hizo época. En él reafirmaba la unidad de Marruecos y su pertenencia al mundo árabe sin hacer la menor alusión a Francia como potencia protectora. Era un discurso en el que Mohamed V expresaba ideas próximas a las del Istiqlal, y que tendría repercusiones importantes, pues llevaría a la sustitución de Labonne, considerado demasiado débil e indulgente, por un duro, el general Juin, nombrado nuevo Residente General el 14 de mayo de 1947⁹.

En la zona Norte se produjeron también cambios. Al general Orgaz, Alto Comisario desde 1941, sucedió en marzo de 1945, el general Varela, quien, contrariamente a sus antecesores, inauguró una etapa represiva. El viaje del Sultán a Tánger tuvo lugar siendo Alto Comisario Varela, el cual logró a duras penas ocultar su inquietud ante la posibilidad de que la euforia producida por la presencia del soberano marroquí en la zona española diese lugar a incidentes¹⁰. Podemos decir que fue éste un periodo caracterizado por un clima de buen entendimiento entre las autoridades francesas y españolas, al coincidir tanto el general Juin como el general Varela en una política de mano dura para con los naciona-

7 JULIEN, Charles-André: *L'Afrique du Nord en marche. Nationalismes musulmans et souveraineté française*, París, Julliard, 1972, p. 305.

8 *Ibid.*, p. 311.

9 *Ibid.*, pp. 311-313

10 WOLF, *Op. Cit.*, pp. 235 y 238-239.

listas de ambas zonas. Frente a esta actitud represiva de las dos potencias protectoras, el movimiento nacionalista ganaba cada vez más adeptos en todas las capas de la sociedad y cada vez era también mayor la identificación del Sultán con el partido del Istiqlal, con la consiguiente irritación del general Juin y de los colonos franceses, para quienes Mohamed V se había convertido en su «bestia negra». Los continuos requerimientos de Juin al Sultán de desmarcarse del Istiqlal no consiguieron doblegar la voluntad del monarca de seguir reclamando de Francia profundas reformas, alentado, en el plano interior, por el apoyo popular con el que contaba y, en el exterior, por el de la Liga Árabe, fundada en Egipto en marzo de 1945. El conflicto entre el Residente General y Palacio se agravaba por momentos, llegando incluso Juin a lanzar a Mohamed V un ultimátum y ponerlo ante la disyuntiva de desautorizar al Istiqlal o abdicar¹¹. Con el objeto de rebajar la tensión, el gobierno francés decidía sustituir al general Juin por el general Guillaume en septiembre de 1951, mientras que en la zona española, tras el fallecimiento de Varela el 24 de marzo del mismo año, el gobierno franquista nombraba Alto Comisario al general Rafael García Valiño. Si en la zona francesa el nombramiento de Guillaume no entrañaría cambios importantes respecto de la política represiva de su antecesor, en la española, en cambio, García Valiño inauguraba una etapa de distensión y de buen entendimiento con los nacionalistas de Tetuán. Aislado políticamente a nivel internacional, el régimen franquista necesitaba en aquel entonces el apoyo diplomático de los países árabes¹².

El enfrentamiento cada vez más violento entre el Sultán y el general Guillaume llevaría a este último a tomar la drástica medida de apartar a Mohamed V del trono el 20 de agosto de 1953, y a colocar en su lugar al anciano Ben Arafá, para cuyo fin contó con el apoyo del famoso El Glaui, bajá de Marrakech, con el de los grandes colonos franceses y, más sutilmente, con el del gran capital, representado sobre todo por la Banque de Paris et des Pays Bas (PARIBAS). Mohamed V y toda su familia fueron expedidos al exilio, a la isla de Madagascar, entonces colonia francesa. Se inició entonces un periodo de feroz represión contra los nacionalistas marroquíes de la zona francesa, que huían a refugiarse en la española. García Valiño, que sentía hacia los franceses ese odio visceral propio de la derecha española tradicional más cerril, se propuso hacer de la zona Norte un santuario para los nacionalistas marroquíes que luchaban contra el colonialismo francés y se negaban a reconocer al nuevo sultán impuesto por Francia. El gobierno franquista consideró una grave ofensa la decisión tomada unilateralmente por esta última de destituir al sultán sin haberlo consultado previamente con España, teniendo en cuenta que ambos países compartían el Protectorado¹³. Pero hay que decir que en esta cuestión, como en otras, los franceses se comportaban sin tener para nada en cuenta a España, partiendo del principio de que el Protectorado español no era más que un «subarriendo» de Francia a España,

11 JULIEN, *Op. Cit.*, p. 325

12 WOLF, *Op. Cit.*, p. 260.

13 *Ibid.*, p. 277.

toda vez que esta última no había firmado nunca ningún tratado con el sultán de Marruecos. Esta actitud de Francia irritaba profundamente a las autoridades españolas que se sentían «ninguneadas». Independientemente de que en aquellos momentos al gobierno de Franco le interesaba, en el marco de su política de amistad con el mundo árabe, un buen entendimiento con los nacionalistas marroquíes, había también en el comportamiento de García Valiño un ánimo de revancha contra Francia. Las autoridades de la zona española se negaron a reconocer a Ben Arafa, erigiéndose en defensoras de Mohamed V, en cuyo nombre siguió diciéndose la oración en las mezquitas del Norte¹⁴. Sorprendía que las autoridades españolas, que habían mantenido tradicionalmente hacia el sultán una actitud más bien ambigua por el protagonismo que siempre dieron a la figura del Jalifa como si se tratase del soberano de la zona Norte, se apresurasen a ver en Mohamed V al único soberano legítimo sólo después de que éste fuera depuesto por Francia.

García Valiño no se paraba en barras con tal de causar las mayores molestias y dificultades a los franceses. Hasta llegó incluso a atribuirse el proyecto de querer proclamar al Jalifa sultán legítimo de todo Marruecos. De lo que no hay duda es de su apoyo a la resistencia marroquí de la zona francesa, no sólo dejando las manos libres a los resistentes del sur, incluida la facultad de transportar armas, sino también rehusando entregar a las autoridades del Protectorado francés a los resistentes que hubiesen buscado refugio en la zona española, que no tardaron en ser miles, a los que se proporcionó un documento de identidad provisional, creado especialmente para ellos, y asignó una pequeña pensión diaria. El Partido de la Reforma Nacional (PRN) de Aldeljalek Torres efectuó, por su parte, una colecta, en la que consiguió recaudar 250.000 pesetas destinadas a financiar y aprovisionar a toda aquella masa de resistentes acogidos en la zona Norte. Sobre estas actividades del PRN García Valiño cerraba los ojos, lo mismo que sobre la compra de armas en Barcelona destinadas al Ejército de Liberación, y la descarga en la costa oriental del Rif de material de guerra procedente de Egipto y destinado a la resistencia. La política seguida por García Valiño en la zona española no favorecía ciertamente un buen entendimiento con las autoridades francesas. Representa éste uno de los periodos en el que las relaciones entre Francia y España fueron más tirantes¹⁵.

La resistencia marroquí, que exigía el retorno de Mohamed V y la independencia de Marruecos, cobraba nuevo ímpetu a partir de 1953. Sus reivindicaciones encontraban un eco cada vez más favorable en el plano internacional, no sólo en las Naciones Unidas, sino también en otros foros como en la Conferencia afro-asiática de Bandung (Indonesia), celebrada en abril de 1955, que sentó las bases del Movimiento de los Países no Alineados. La era de la descolonización había llegado. Las principales potencias coloniales empezaron

14 *Ibid.*, p. 278.

15 Sobre las tensas relaciones entre España y Francia en relación con Marruecos en los años cincuenta del pasado siglo, véase además de Jean Wolf, *Op. Cit.*, YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, Concepción: *España y la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos (1951-1961)*, Madrid, UNED, 1998.

a comprender, muy a pesar suyo, que no se podía seguir remando en contra de la historia. No tardó Francia en ver que la sustitución de Mohamed V por una marioneta, Ben Arafa, no sólo no había contribuido a mejorar la situación, sino que la había agravado. La lucha por el retorno de Mohamed V y por la independencia era ya imparable. Dándose por vencida Francia en aquel forcejeo, la única salida posible en aquellas circunstancias era tratar de limitar los daños, aunque habría que esperar aún hasta finales de agosto de 1955 para llegar a un acuerdo entre marroquíes y franceses, que preveía el alejamiento de Ben Arafa y el retorno de Mohamed V. El sultán fantoche era obligado a abdicar el 1 de octubre, el 31 del mismo mes llegaba Mohamed V a Niza, y poco después las dos partes iniciaban las negociaciones para el acceso de Marruecos a la independencia. Pese a las fuertes presiones y la violenta oposición de los elementos colonialistas más radicales del Marruecos francés, Mohamed V regresaba a su tierra y en su discurso del Trono del 18 de noviembre anunciaba el final del régimen de Protectorado y el acceso del país a la independencia. Esta tendría lugar oficialmente en virtud de la declaración conjunta franco-marroquí del 2 de marzo de 1956, y a ella seguiría la hispano-marroquí del 7 de abril del mismo año, por la que España reconocía la independencia de la zona Norte.

La decisión de Francia de dar la independencia a Marruecos había cogido desprevenido al gobierno franquista, que no se lo esperaba. Pensaba, equivocadamente, que su apoyo al sultán legítimo y a la resistencia contra el colonialismo francés le permitiría conservar su presencia en la zona. Pero la política antifrancesa de García Valiño de ayudar y dar protección al Ejército de Liberación terminó por volverse contra los españoles como un bumerán. Era evidente que una vez que Francia concedía la independencia a su zona, a España no le quedaba otro remedio que hacer lo propio en la suya.

Conclusión

Nuestra rápida exposición de las relaciones franco-españolas tocantes a Marruecos de 1912 a 1956 muestra que, salvo contadas excepciones, aquellas fueron tensas y conflictivas, caracterizadas por la mutua desconfianza y una rivalidad que no terminó en 1956 con la independencia de Marruecos, sino que se perpetuaría más allá. Después de la independencia los dos países trataron de preservar sus intereses y su influencia en Marruecos, sobre todo Francia, no sólo por ser éstos infinitamente más importantes, sino por contar además para tal fin con unos medios muy superiores a los de España. De esa rivalidad entre las dos antiguas potencias coloniales eran muy conscientes los dirigentes marroquíes, particularmente, el rey Hasán II, quien, desde su ascensión al trono en 1961, supo, con rara habilidad, jugar alternativamente con una y otra para sacar el mayor partido posible de ambas, a las que vendría a sumarse los Estados Unidos de América para hacer así aún más reñidos los celos y la competencia¹⁶.

16 Sobre las relaciones exteriores del Marruecos independiente, véase particularmente HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel: *La política exterior de Marruecos*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1997.

Por razones obvias, directamente relacionadas con el mayor peso de la potencia protectora y de la zona de Protectorado que le correspondió en el reparto, la influencia económica y cultural de Francia siempre ha sido y sigue siendo muy superior a la de España, cosa de la que esta última es perfectamente consciente y ha asumido o se ha resignado a aceptar, no sin ciertos resquemores. Todo parece indicar que la antigua rivalidad franco-española en Marruecos, aunque hoy se encuentre más o menos diluida dentro de la Unión Europea, persiste de alguna manera y aflora intermitentemente con mayor o menor vigor en determinados momentos¹⁷.

17 Sobre la rivalidad franco-española en el presente, véase CEMBRERO, Ignacio: *Vecinos alejados. Los secretos de la crisis entre España y Marruecos*, Barcelona, Galaxia-Gutemberg, Círculo de Lectores, 2006.